

LA LINTERNA MAGICA,

PERIODICO RISUEÑO

por Don Wenceslao Ayguale de Izco.

JOCOSIDAD, JOVIALIDAD, HILARIDAD.



4.^a Funcion.



Sigue abierta la suscripcion á 6 reales por todo el año de 1849.

En el próximo número insertaremos una linda composicion de la señorita Miranda. No lo hacemos en este porque deseamos adornarla de algunos grabados.

DELACION RISIBLE.

No sabemos á cargo de qué prógimo andará la *gacetilla de esta capital* que ameniza los números del *Heraldo*; pero se conoce á primera vista que el bueno del *gacetillero* es mozo de buen humor. Nos ha hecho reir mucho la ocurrencia de insertar en el *Heraldo* del sábado 24 del pasado, la siguiente caritativa delacion.

«—Llamamos la atencion de la autoridad competente sobre los descomunales cartelones ó lienzos que hay colocados en la puerta del Sol y otros puntos anunciando la vida de Cabrera ó el *tigre del Maestrazgo*, y en los cuales están pintadas con colores demasiado subidos escenas de sangre que horrorizan. Estos cuadros son contrarios á los sentimientos de humanidad y á la civilizacion del siglo, y aunque por desgracia hayan ocurrido durante nuestra revolucion escenas de tal naturaleza, no deben representarse tan á lo vivo, y aun quizá con exageracion por medio del pincel y del lienzo, ya que sea inevitable que la historia las coloque en el lugar que las corresponde, y que sean siempre el baldon de nues-

tras discordias civiles. Esperamos que la autoridad no verá con indiferencia esta nuestra invitacion.—»

No ganamos para sustos, ni nos llega la camisa al cuerpo. Fortuna nuestra ha sido que la autoridad ha tomado á broma el aviso del *gacetillero*, y no podia suceder otra cosa, pues si formalmente se hubiese dicho que el pintar escenas que horrorizan es contrario á los sentimientos de humanidad y á la civilizacion del siglo, el *Heraldo* estaria escrito por una horda de salvajes, calumnia que nosotros, que conocemos la ilustracion de sus redactores, seriamos los primeros en desmentir. Nadie ha pintado con colores mas vivos que el *Heraldo* los crímenes del bárbaro Cabrera, y aun ha censurado amargamente á cuantos periódicos se han mostrado indiferentes á los últimos asesinatos cometidos por el *tigre del Maestrazgo*. ¡Y ahora nos sale el *gacetillero* con el chiste de que hay *exageracion en el consabido cuadro*, como si cupiese *exageracion en cuanto se diga contra el monstruo y cobarde asesino de Burjasot!*

Otra cosa nos hace creer que el *gacetillero* del *Heraldo* es hombre de zambra y gresea, y es el otro chiste, que es el mas gracioso de todos..... aquello de que en un pais civilizado no deben representarse escenas de sangre por medio del lienzo y el pincel.

¡Qué ocurrencias tienen los escritores jocosos! Nosotros que tenemos una idea ventajosa de la ilustración de los señores que escriben en el *Heraldo*, elogiamos y aplaudimos el afán de presentar al crimen en toda su deformidad para hacerle odioso, afán civilizador, como el de tantos y tantos célebres pintores, que ejerciendo su mágica habilidad en la representación de espectáculos sangrientos, han ennoblecido el arte.

Precisamente las mas preciosas joyas que atesora el real Museo de Pintura de Madrid, son cuadros de escenas de sangre, como el *San Sebastian*, de Guido, la cabeza de *San Juan Bautista* que lleva en una fuente un soldado armado, por Manfredi; *Judit decapitando á Holofernes*, por el Tintoretto, la degollación de *San Plácido*, por Corregio, el Señor azotado á la columna, por David Teniers, la degollación de los santos *Inocentes*, por Goirdano, el martirio de *San Bartolomé*, por Ribera, el de *San Andrés*, por Murillo, la muerte de *Viriato* por Madrazo, y otros muchos, que segun la chistosa ocurrencia del gacettillero del *Heraldo*, deben echarse al fuego, por ser contrarios á los sentimientos de humanidad y civilización del siglo, inclusa la célebre obra del gran Rafael de Urbino, conocida con el nombre de *Pasmo de Sicilia*, pues representa el momento en que una turba de gentualla y soldadesca rodea á Jesus que acaba de caer con la cruz y Simón Cirineo le ayuda á levantarse, mientras procuran lo mismo dos sa- yones con insultos y violencias.

Este admirable cuadro, que el mundo civilizado envidia á la España, ha sido hasta ahora una maravilla del arte, que solo el poseerla y apreciarla da una idea grande de la civilización española. El chistoso gacettillero no lo quiere así, porque estos cuadros de escenas de sangre que horrorizan, son contrarios á los sentimientos de humanidad y á la civilización del siglo. Aquí si que pega como pedrada en ojo de boticario aquello de *riúm teneatiz*.

PERSONAS QUE HACEN EL OSO.

LETRILLA.

Dice un proverbio famoso,
que en el mundo todo es farsa,

y muchos de la comparsa
están siempre haciendo el oso.

Quien denuncia cartelones
sin apoyarse en razones
de un dictámen juicioso,
hace el oso.

La fea como una rana
que se pule y engalana
para hallar un buen esposo,
hace el oso.

El bárbaro que corteja
á una presumida vieja
de talante empalagoso,
hace el oso.

El usía de entremés
que á pesar de ser marqués
tiene fama de tramposo,
hace el oso.

El pobre como una rata
que habla siempre de oro y plata
echándola de rumboso,
hace el oso.

El almirarado Alejo
que delante del espejo
reflexiona si es hermoso,
hace el oso.

El conde que entre lacayos
vestidos de guacamayos
se pavonea orgulloso,
hace el oso.

El que repite mil veces
sandeces sobre sandeces
con pretensión de chistoso,
hace el oso.

En fin, todo mentecato,
que se echa de literato
siendo un pedante envidioso,
hace el oso.

AMOR Y DOLOR DE VIENTRE.

Como si lo viera: ya están haciéndose cruces
mis amables suscritores al contemplar juntos
dos objetos tan opuestos entre sí como el amor y
el dolor de vientre. Ninguna relación social,
ninguna afinidad cualquiera enlaza estas dos co-
sas, que son diametralmente antipáticas, pues

si el amor es un bien delicioso, el dolor de vientre es uno de los males mas aflictivos.

Esto sentado, de ningun modo es mi intencion entretener á mis lectores en este momento hablándoles del amor como símbolo de pasion, sino del Amor vendado, de ese dios rapazuelo que revolotea por los coliseos merced á sus alas de carton y una docena de alambres; en una palabra, del Amor que suele aparecer entre nubes al final de un baile, para bendecir y unir con los dulces lazos de Himeneo á los dos amantes perseguidos durante tres actos enteros. Despues hablaremos del amor con a minúscula.

Por lo que hace al dolor de vientre, al escribir esta frase tal vez demasiado prosáica, ha sido efectivamente mi idea hablaros de eso dolor intolerable que de vez en vez suele atacar al hombre en todas las condiciones y momentos de su vida.

¿Qué le hemos de hacer? Hay circunstancias terribles, ante las cuales están obligados todos los vivientes á humillarse. El dolor de vientre es una de estas circunstancias, y acaso la mas imperiosa de todas.

Cuántas batallas se habrán tal vez perdido, únicamente por que el general en jefe sintió de improviso el síntoma fatal de esa terrible dolencia, que suele germinar en los campos del honor al estallido de las primeras descargas!

Tal vez los moros dominarian aun á esta nacion magnánima, si cuando el gran Pelayo enarboló en Asturias el santo pendon de la independencia, hubiera sido invadido de un acerbo dolor de vientre... Napoleon no hubiera ganado á buen

causas dependen los destinos de los pueblos! Un



racimo que no esté en sazón, un pepino mal digerido, una manzana ágría, pueden cambiar la faz del universo, así como la manzana del Paraíso fué la perdición de todo el género humano.

Alejandro el Grande ofrece otro ejemplo de esta dolorosa verdad. Este conquistador ilustre perdió la vida por haber tenido la imprudencia de zambullirse, despues de una encarnizada lixa, en las heladas aguas del Cydno; y un violento dolor de vientre, arrebatando de repente á este poderoso monarca macedonio, hizo sucumbir un inmenso y formidable imperio.

¡A cuántas reflexiones históricas y filosóficas puede dar márgen un dolor de vientre!

Pero volviendo al epigrafe de este artículo, y prescindiendo de las altas consideraciones sociales, políticas y humanitarias, para ocuparnos sencillamente de la dolencia en cuestion en sus relaciones con el amor, de todas las desgracias que nos asaltan durante el curso de nuestra existencia, no hay desgracia comparable al dolor de vientre.

Volvamos pues al pobrecillo Amor que por medio de alambres cuelga de las bambalinas de un teatro. A lo mas sustoso de su radiante aparicion, el dios vendado pone un gesto horrible, porque nada hay tan feo como un niño que llora, y empieza á dar gritos desahogados.

—¿Qué es eso? — le apostrofa su madre, que en la misma nube representa la diosa Venus.

El padre, que era el primer bailarín y ocupaba la escena desempeñando el papel de novio, respondió á la madre de Cupido:

—Qué ha de ser? que le aprieta su acostumbrado dolor de vientre.

Este argumento no tiene réplica. El dolor de vientre disculpa todos los gritos del mundo, y el pequeño dios alado estaba en su derecho al exhalar sus justas quejas.

Vastísimo es indudablemente el campo de los infortunios domésticos. Una chimenea que espanta el humo por la casa, los callos de los pies,



seguro la batalla de Wagram, si al comienzo de la lucha se hubiera sentido retortijones de tripas.

Considerad, amados lectores, de cuán fútiles

el pantalón que se rompe en sociedad al recoger el abanico de una coqueta, unos vecinos curiosos que ensayan día y noche los Puritanos, el



casero que se presenta con el recibo del alquiler, son cosas á la verdad desagradables en demasía; pero no son nada en cotejo de los tormentos que siente, por ejemplo, un recién casado que, la primera noche de boda, se vé acometido de un inesperado dolor de vientre.

Vaya usted á ser amable, amoroso, apasionado, sintiéndose martirizar por dolores atroces que ni siquiera se atreve el paciente á confesar. Empieza por palidecer de un modo espantoso, un sudor frío inunda su frente, se muerde convulsivamente los labios y parece que una serpiente batalla con un sapo en sus entrañas; y la



novia, á quien habian ponderado en extremo la dicha nupcial, pasa toda la santa noche dando friegas á su marido y poniéndole, en la parte dolorida, paños empapados en agua y vinagre.

Entonces hacen aquellos infelices mil tristes reflexiones sobre las vicisitudes humanas; y yo concluyo aquí este artículo, amados lectores, rogando al cielo que os libre de semejantes calamidades, y si alguno de vosotros piensa tomar estado, le aconsejo que no coma melón ni ciruelas ni caracoles el día de su casamiento.



LA JUSTICIA DE DIOS

Y LOS HUEVOS.



Una taimada huevera.
tan malos huevos tenía,
que sin dejar todo el día
de ostentarlos en la acera
ni tan solo un par vendía.

Y con gestos truhanescos
y acento semi-andaluz
acusaba de avestruz
al que por ver si eran frescos
los contemplaba al trasluz.

—Qué mira usted, so espantajo?
(decíale con enojos.)

Figura de escarabajo,
váyase usted al trabajo!
¡Malditos sean sus ojos!

¿Tiene usted muchos talegos,
alma mía que gastar,
ó solo viene á mirar?
¡Benditos sean los ciegos,
pues no me han de incomodar!—

En esto el tío Guillen,
con sus papelitos nuevos,
pasó, y en un santiamén



dejó estrellados los huevos
sin aceite ni sartén.

MORALEJA.

La huevera que camina
de mala fé, y no nos dá
huevos frescos de gallina,
de la justicia divina
víctima al cabo será.

IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Después de las muchas manchegas y de los naturales de Zaragoza no conozco nada mas terco y testarudo que un acreedor.

Un enamorado no pone á buen seguro tanta tenacidad en la persecucion de una rebelde y



desdenosa hermosura, un pretendiente no hace tantas gestiones para obtener un empleo, un candidato no hace tantas promesas de proteccion para hacerse nombrar diputado, una coqueta no se rebulle tanto en un paseo para llamar la atencion, como lo hace un acreedor para escudriñar la madriguera de su víctima, es decir, de su deudor, y hacerle pagar la deuda.

El acreedor es para el deudor como el espectro



que perseguía á Hamlet dia y noche. No hay abrigo posible contra la persecucion de un acreedor, ni escondrijo tan oculto que este infatigable cazador no le descubra al momento. Si os vé en la calle, os corre detrás, si os ocultais en un simon, escala la trasera; si queréis imitar el ejemplo del gran Pio IX cuando se fugó de Roma, y además de patillas y bigotes postizos, os calais gafas verdes, todo es inútil; vuestro acreedor os arranca los béliços bigotes, y en un abrir y cerrar de ojos hace en los vuestros la operacion de la catarata con mas prontitud y limpieza que el doctor Lusardi.

Si para burlar al impertinente perdiguero que os muerde las pantorrillas en todas las calles y

plazas de Madrid, tomais el partido de parape-taros en vuestro domicilio, ya podeis estar seguro que tampoco allí disfrutareis de reposo. Bajo el ridiculo, pesado y fastidioso pretesto de que quiere su dinero, vuestro acreedor os visitará diez y siete veces al dia. En vano encargareis á vuestros criados que le digan que no estais en casa, el impertérrito acreedor establecerá un riguroso bloqueo delante de vuestra puerta.



Al primer canto del gallo, se encaminará vuestro pirata á su puesto. En Madrid, cuando el gallo anuncia los arreboles de la aurora, solo transitan por las calles los Bórgias enven-



nadores de perros, los odoríficos trenes de Sabatini, las lecheras, los burreros y el acreedor. Este último aprovecha la ocasion en que el portero tiene aun las telarañas del sueño en los ojos, y sin respeto alguno á aquello de *NADIM PASE SIN HABLAR AL PORTERO*, se cuela en el cuarto del deudor, donde aplica á la cerradura el oido, y un ronquido estrepitoso á guisa de *ritornello* de contrabajo, le indica de una manera formal y positiva que la liebre está en su yacija.

A la sazón es cuando empiezan las hostilidades contra la plaza sitiada. Conteniendo el sitiador sus ímpetus, llama ligeramente para no espantar al enemigo. Este no despierta hasta los veinte y cinco campanillazos, y se imagina que es el criado que le sobe su acostumbrado almuerzo, reducido á un cuartillo de leche de ca-



bra. Así es que, ávido el infeliz del lácteo y alimenticio refrigerio, lánzase de la cama, y abre la puerta sin la menor desconfianza, cuando

repentinamente quedase petrificado ante la cabeza de Medusa, esto es, ante la cabeza del acreedor que se le aparece como por arte diabólico.

Entonces empieza un diálogo en estos términos:

—Gracias á Dios que os encuentre una vez en casa, caballero.

—¡Hola! es usted, mi amigo don Fulano?.... Siéntese usted sin cumplimientos, tome usted una silla....

—No es una silla lo que pido, sino mi dinero.

—Su dinero de usted... ¡Qué demonio!... precisamente hoy no tengo un cuarto; pero el lunes próximo he de cobrar una letra...

—El lunes, y hoy es martes!

—Pues, martes... día aciago... Vamos, vuelva usted á su casa tranquilo, que yo mismo le llevaré la consabida cantidad. ¿A cuánto asciende?

—A doscientos cuarenta reales... doce duros cabalitos.

—Eso es una bicoca.

—Quiere decir que vá usted á pagarme.

—De buena gana lo haría... y lo haré sin falta el lunes; pero ya he dicho á usted que no tengo dinero.

—Esa no es razon admisible... Ya que usted me debe, no es justo que esté sin dinero.

—Verdad es, y usted podría remediar esta falta.

—¿Qué falta?

—La de estar yo sin dinero. Bien dicen que la amistad es grata y consoladora. Vamos á ver, amigo mío, dice usted que le debo doce duros?

—Aquí está el recibo.

—Perfectamente, pero doce duros es una cantidad extemporánea. ¿No fuera mejor que le diese á usted una onza completa?

—Si usted quiere pagarme una onza, en lugar de los doce duros, no tengo el menor inconveniente.

—Ya veo que es usted hombre de razon. Ponga usted mismo en el recibo cuatro duros mas, que yo lo firmaré. A mí lo mismo se me dá pagar doce que diez y seis.

Alónto el acreedor, sacó de su bolsillo un tinero de cuerno, y despues de reformar el reci-

bo en los términos acordados, exclamó:

—Firme usted pues, ya que se empeña en ello. Y dijo para sí: vamos, cuatro duros de ganancia por un plazo tan breve, no es mal negocio.

—Ya he firmado... Vengan los cuatro duros.

—Eh?

—Que me dé usted los cuatro duros que me faltan.

—Cuatro demonios que se lo lleven á usted en cuerpo y alma. Yo entendí que los cuatro duros se fijaban por premio del plazo. De otro modo...

—¡Usurero!

—Yo usurero?

—Usted, sí señor, y para castigarle debiera yo romper ahora el recibo que tengo entre manos, y saldar así nuestras cuentas, pero soy mas honrado y generoso que usted. Déme usted los cuatro duros que faltan y el recibo volverá á sus manos.

Trémulo y confuso el acreedor titubeó largo rato; pero receloso de perder los doce duros; sacó de su bolsillo una moneda de oro isabelina y se la entregó á su deudor, con lo cual se restableció la paz y buena armonía entre los dos contrincantes.

El acreedor que habia ido por lana, se volvió trasquilado, y el deudor echó todavía un sueño con la imperturbable serenidad que suele dar la desvergüenza. Este sugeto era aquel de quien hace largos años se cuenta que un día le preguntó un amigo suyo: ¿Cómo puedes dormir tranquilo con tantas deudas? Y él respondió: precisamente duermo yo como un lirón. Los que tienen algun motivo para no dormir son mis acreedores.

COSAS DE TONTOS.

Engordar sin vergüenza.

Enflaquecer por amor.

Madrugar en invierno.

Caerse de la cama.

Acariciar á los gatos.

Pasar por detrás de las mulas.

Llevar demasiado almidonado el cuello de la camisa.

Ponerse grave para parecer sábio.
 Decir la verdad.
 Admirarse de que haya apostasías en el siglo
 del turron.
 Dar crédito á la fidelidad conyugal.
 Entablar y seguir pleitos.
 Prestar dinero.
 Mirarse en su propia sombra.
 Llevar el sombrero tadeado.
 Tener fé en la medicina.
 Pescar con caña.

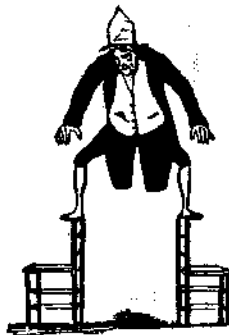


Usar botes estrechas.
 Jugar á la lotería.
 Cortejar á una vieja.
 Ser franco y benéfico.
 Afeitarse con agua fría.
 Silbar una comedia buena.
 Aplaudir una ópera mala.
 Prestar fianzas.
 Montar caballos fogosos.
 Asistir á un besamanos.
 Comer nisperos.
 Conspirar.
 Dar grandes saltos en la polka-mazurka.
 Buscar amigos en la desgracia.
 Creer en promesas y juramentos.
 Llevar una rosa ó clavel en el ojal del frac.



Presumir de erudito.
 Tomar acciones de sociedades anónimas.

Ander con la punta de los piés muy hácia se-
 ra sin ser bailarín.
 Hablar de política.
 Chupar el puño del baston.
 Vestir á lo *bufa caricato*.
 Jugar con tahures.
 Llevar lente sin ser corto de vista.
 Asombrarse de algo.
 Abrazar á una *fea*.
 Casarse con muger bonita.
 Alardear cruces y cintajos.
 Usar botas con tacones muy altos para parecer
 buen mozo.
 Criticar sin saber.
 Creer en las palabras de honor.
 Exigir constancia á los amantes.
 Ser esclavo de la moda.
 Tener muchos hijos.
 Echarla de cultiparlista.
 Hacerse el travieso á los sesenta años.



Llevar la cabeza descubierta y el sombrero en
 el baston.
 Calzar un solo guante y jugar con el otro.
 Ostentar el mondadientes entre los lábios.
 Llevar el pañuelo dobladito.
 Suicidarse.
 Ir con las manos metidas en los bolsillos tra-
 seros.
 Tirar el puro á medio fumar.
 Hacer sonar el dinero en el bolsillo.
 Teñirse el pelo.
 Batirse por el bello sexo.
 Bombolearse andando.
 Alborotar en los cafés.
 Silbar por las calles.
 Pavonearse con bordados.

Escupir en el pañuelo por no ensuciar el piso.

Probar fortuna en la bolsa.

Comer mal para vestir bien.

Enganchar el pulgar ó pulgares en la sisa del chaleco para darse tono.

Llevar una punta del pañuelo fuera del bolsillo.

Mascarse la lengua.

No suscribirse á la LINTERNA MÁGICA.

Envejecer.

Morirse.

UN HOMBRE EN CANDELERO.

Tengo plena conviccion
al ver á este majadero,



de que es buena posicion
el estar en candelero.....
para dar un coscorrón.

PROGRESO LITERARIO.



Podrá faltarnos el trigo
si las lluvias escasean,
mas lo que es de literatos
siempre habrá grandes cosechas.

Exageran como andaluces sino mienten como
chinos, los que aseguran que está en vergonzosa

decadencia nuestra literatura dramática. No hay mas que ver el diluvio de nuevos dramas que inunda la escena española, para iáferir que progresamos de un modo espantoso. Y lo que hace mas honor á los literatos, es la modestia con que se anuncian las nuevas funciones. Se calla el nombre del autor del drama, porque seria un alarde de vanidad estamparlo en los carteles antes de que la obra obtuviese el fallo del público; esto no podría consentirlo ningun escritor juicioso, y en cambio las empresas ponen en los anuncios, «obra de un AVENTAJADO autor» — «traduccion de un DISTINGUIDO literato» — «drama original de un APLAUDIDO ingenio» — «escrito por uno de nuestros PRIMEROS escritores.»

Así se anunció el *Bernardo*,
y el público bonachon
se llevó en esta ocasion
solemnísimo petardo.

No se representa una sola obra dramática que no esté escrita, segun los anuncios, por un ACREREDITADO autor, por manera que siendo todos los escritores dramáticos, sin escepcion alguna, aplaudidos, aventajados, distinguidos, acreditados, ó célebres, ¿qué mas pueden desear los amantes de las glorias nacionales? Zoilos hay apesar de todo, que dicen lo que don Pedro el del *Café*: «Comedia nueva? pues ya no voy al teatro.» A estos necios será preciso compadecerles, lo mismo que al atrevido que ha tenido la avilantex de componer el siguiente

EPIGRAMA.

¿Vas á ver el drama nuevo
de un insigne literato?
—No, querido, no me atrevo;
temo pasar un mal rato.
—De qué proviene el temor?
—Tengo motivos de sobra;
y el principal, el ser obra
de un APLAUDIDO escritor.

MADRID 1 ABRIL 1849.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguale de Ixco.